

La Cabaña (Ganadora Premio UMGE 2018 Mejor Relato Corto - Editado)

P. Vanretea (Autor)



Capítulo 1

La Cabaña

Aquel día, el sol comenzó a nacer poco a poco provocando que el rocío del césped brillara con los rayos de sol. La noche anterior, la niebla se levantó como una sombra oscura que rodeó todo a su paso haciendo que la temperatura disminuyera de tal manera que hasta los conejos prefirieron no salir de su madriguera. A pesar de llevar un mes desde el cambio de estación de verano a otoño, recién comenzaba a notarse en el ambiente.

Así lo sentía Catalina, quien llevaba dos años escondida en aquel lugar. Durante todo ese tiempo ha estado recluida en una cabaña abandonada que se estaba cayendo a pedazos a simple vista. En la fachada se podía ver la madera podrida que con el paso del tiempo era un verdadero bufet para las termitas. Las tejas rojas que debían de estar en el techo, estaban descoloridas y quebradas por culpa de los golpes que recibía de las ramas de los árboles que rodeaban la casa. Nadie es su sano juicio podría vivir en aquel lugar. No había electricidad ni agua. No obstante, entre el bosque y no muy lejos de ahí, había un manantial de agua cristalina. Cada día, Catalina se las arreglaba para ir allí y tomar de lo que hiciera falta para poder vivir.

Cualquiera que la conociera y la viera vivir en aquellas condiciones, se espantaría. ¿Cómo era posible que la mujer que conocieron por Catalina de Montenegro esté viviendo sola y en esa situación? Sobre todo, cuando tenía un marido que la amaba y que le daba todos los lujos que quisiera. Literalmente, pasó de vivir en una lujosa casa con empleados que le servían día y noche a un lugar poco menos que humilde, o como muchos dirían, pasó de vivir del cielo al infierno. "Pero están equivocados," pensaba Catalina cada vez que venían aquellos recuerdos a su memoria. La vida que mantenía con Carlos era un infierno. Uno que tuvo que vivir en silencio, durante tres años de matrimonio.

Después de estar en aquel lugar y escondida del mundo, se podía sentir libre. A pesar de no tener los lujos de antes, prefería vivir mil veces de aquella manera que volver a la cárcel que se había transformado su antiguo hogar.

Como todas las mañanas, se levantó temprano. Cada día intentaba mantener su nueva morada en las mejores condiciones que se podía

permitir, y a pesar de todo, lo estaba logrando. Ante sus ojos cada día, veía con más amor su pequeña casa. Debido a que quería pasar desapercibida, no intentó por ninguno de los medios reparar algo de la fachada. De hecho, le favorecía, nadie que se acercaba a ese lugar tan deplorable tenía las intenciones de ir y ver si la cabaña estaba habitada o no. Con el tiempo, y cada persona que se acercaba, que usualmente eran niños, los oía hablar de su hogar como una casa abandonada que estaba embrujada. A pesar de que le causaba risa el comentario, debía de reconocer que era lo mejor. De esa forma nadie tendría curiosidad de ver quien vivía realmente allí.

Mientras hacía las tareas diarias, no supo por qué, pero su mente la llevó a recordar su antigua y vida y como comenzó a desatarse lo que después se convirtió en su cárcel.

Catalina era una mujer sencilla, hija única de un matrimonio que no poseía grandes lujos, pero que sí contaba con el apellido familiar que los hacía responsables de ser los herederos del fundador del pueblo donde residían, Villanueva. Por años, la fortuna se vio reducida hasta tener que donar parte del patrimonio familiar, para poder vivir en Villanueva. Gracias a eso, sus abuelos tuvieron lo suficiente para educar a su padre, y este a ella. A pesar de aquello, Catalina no tenía ninguna queja, incluso los habitantes del pueblo mantenían más contacto con los últimos descendientes del fundador, que lo que se vio en su momento con su ascendencia. Sentían que todos eran iguales ante el mundo. Lamentablemente, y sin pensarlo, todo cambió cuando llegó Carlos Montenegro.

Con 18 años recién cumplidos, la joven cayó rendida a los pies del nuevo jefe de policía del pueblo. A pesar de que lo primero que le atrajo fue su gran y maravilloso físico puesto que era alto, moreno, de ojos cafés oscuros, la galantería que demostró ante su persona fue la que la desarmó por completo.

Carlos Montenegro era un hombre de 30 años, viudo y sin hijos. Debido a la pérdida de su mujer hace ya un par de años atrás, se volcó a su carrera profesional. Desde pequeño se fue transformando en un hombre, recto que le gusta cumplir las normas y muy culto, además. Esa fue una de las primeras cosas que notó Catalina al hablar con él.

Cada oportunidad que tenía, se acercaba a la comisaría para charlar un rato. Carlos, era un comprendido de la música, pintura y literatura. Además, había viajado por varias partes alrededor del mundo, gracias a la educación que su familia le había brindado, así que siempre tenía mil y una historias que contar. Catalina, quien no conocía del mundo, salvo por los libros que leía tan ávidamente, quedó completamente prendada de él. Carlos, quien ya llevaba mucho tiempo en la soledad, la veía como la

mujer que tanto necesitaba en su vida.

A pesar de que en su corazón aún recordaba a su esposa, su trágica muerte lo dejó tan mal, que pensó que jamás llegaría a conocer a alguien más. Pero estaba equivocado. Catalina era un bálsamo de aire fresco cada vez que la veía. Estaba seguro que no era por su belleza, aunque debía reconocer que era la mujer más guapa del pueblo, pero su sencillez y la calidad de sus palabras al expresarse lo dejaban fuera de combate. La inocencia que veía en sus ojos lo impulsó a querer hacerla suya.

Solo pasaron 6 meses desde la llegada de Carlos Montenegro al pueblo de Villanueva para que se atreviera a pedirle a Catalina ser su novio. Alagada por el hecho de que Carlos se hubiera fijado en ella, y que más encima le correspondiera, la tuvo por las nubes. Incluso a partir de aquel día, soñaba con casarse con él. No pasaron más de dos meses más para que al fin se pudiera concretar.

Todos en Villanueva estaban felices por la inminente boda entre la última de los descendientes del fundador del pueblo y el jefe de policía. Gracias a la fortuna que tenía en herencia, Carlos mandó a construir una enorme casa para poder comenzar a vivir con su nueva esposa. Debido a la inmensidad de la propiedad, se vio obligado a contratar a muchas personas para que ayudaran a Catalina con la administración de las tareas diarias del hogar.

Catalina no supo cuando fue que todo comenzó a desmoronarse. Todo parió por un simple vestido. Aquel día, era el aniversario de matrimonio de sus padres y estaban invitados tanto ella como su marido a una cena familiar en un restaurante del pueblo que estaba a pocos kilómetros de Villanueva. Debido a la ocasión especial, se compró un vestido beige, que le llegaba un poco más arriba que los cinco dedos sobre la rodilla, y en la parte delantera con, tenía un escote de corazón. Debido al físico que poseía el vestido se ajustaba a su cuerpo como si fuera un guante.

Carlos no dijo absolutamente nada cuando la vio vestida de aquella forma, pero dentro de sí mismo, no lograba concebir como su adorada esposa era capaz de vestirse de aquella forma. En honor a que el tiempo los estaba apremiando, decidió guardar silencio y no hacer partícipe a su esposa de su malestar. Sin embargo, no pudo aguantar por mucho tiempo. Al ver las miradas indiscretas que le lanzaba algunos hombres a Catalina, la rabia lo cegó por completo.

Miles de imágenes se agolparon en la mente de Carlos, muchas de las cuales combinaba el rostro de Catalina con su antigua mujer. Haciendo acopio de todo su valor intentó disimular ante sus suegros, pero su esposa había notado que algo le estaba pasando.

Al llegar a casa, estuvo en silencio durante todo el trayecto. Catalina estaba preocupada pero no quiso insistir hasta que no estuvieran en la comodidad de hogar. Jamás habían tenido alguna discusión, cuando intuía que ocurriría, su marido siempre intentaba apaciguarla dejándole en claro su punto de vista; que usualmente era el correcto.

Cuando ya estaban en su habitación matrimonial, Catalina intentó averiguar que le había ocurrido a su marido; sin embargo, se esperó todo, menos la reacción que tuvo. Esa noche, la fue la primera vez que su marido le levantó la mano. Debido al impacto de la bofetada, quedó tendida sobre la cama intentando descubrir que había hecho mal, mientras que Carlos empezó a insultar y decirle todo tipo de groserías.

—¡Eres una maldita zorra, que se viste de esa manera para provocar a todos los hombres! ¡Tu marido soy yo!

Impactada por lo que estaba escuchando, rápidamente sus ojos se les nublaron debido a las lágrimas que corrían por su rostro sin cesar. Al verla en ese estado, Carlos se dio cuenta del acto que había cometido. Arrepentido, se acercó a ella para consolarla y decirle que nunca volvería a ocurrir. Cegada por las disculpas de su marido, Catalina cometió el error de perdonar y callar.

A partir de ese momento, las agresiones fueron en aumento. Carlos siempre se encargaba de darle golpizas lo suficientemente duras para mermar su autoestima, pero a la vez suaves para que no le quedaran marcas visibles. Tenía una reputación que mantener siendo el jefe de policía. Durante tres largos años, Catalina aguantó vivir en aquellas condiciones. Cara al pueblo, era un matrimonio ideal, sus padres amaban a su yerno, pero lamentablemente, solo ella sabía el infierno que estaba viviendo con él.

Una vez estuvo a punto de dejarlo, sin embargo, se enteró que estaba embarazada. Jamás habían hablado de tener hijos, pero debido a las constantes palizas que recibía por parte de Carlos, estaba segura que no se lo tomaría de buena manera. Permaneció en silencio hasta que en una ocasión estaban discutiendo cuando ella rodó por las escaleras. Aquel accidente la hizo ir a parar al hospital debido a la gravedad. Producto del aquello, Carlos se enteró sobre el embarazo de su esposa de casi tres meses, pero que a causa del golpe había perdido al niño.

Furioso por desconocer aquella información, esperó a que Catalina saliera del hospital, no sin antes insultarla de todas las maneras posibles mientras estaban a solas en la habitación mientras permanecía internada. Eso fue lo que le provocó que Catalina tomara una decisión definitiva. Durante, aquellos años de abuso que había vivido se dio cuenta de que el amor que alguna vez sintió por su marido había muerto. Ahora que su hijo

también lo estaba, necesitaba escapar.

Cuando le dieron el alta médica decidió no llamar a nadie para que la fuera a buscar. Sabía que, si alertaba a sus padres, estos le dirían a Carlos. Ellos no tenían ni la menor idea de lo que le estaba pasando a su hija, por lo tanto, aún tenían en alta estigma a su marido.

Tomando la poca ropa que tenía en el hospital, se vistió y se marchó en el primer autobús que encontró. Se alejó de Villanueva esperando encontrar algún refugio donde se podría esconder de su marido. El viaje no fue nada de fácil. Debido a quien era antes de conocer a Carlos y en lo que se había convertido al ser su esposa, todo el mundo la conocía. Los habitantes del pueblo no se hicieron esperar para comentar a viva voz que la esposa del jefe de policía de estaba alejando del pueblo como si estuviera huyendo.

Su partida provocó tal revuelo que su marido movilizó a todas las unidades que pudo para dar con su paradero. Asustada, se internó en un bosque cercano a una de las tantas estaciones de buses en las que se detuvo. Abatida por el terror de ser encontrada, pasó terribles noches entre los arboles buscando un refugio. No sabía si era una intuición o si estaba paranoica, pero podía sentir los pasos a su espalda que miraba cada uno de sus movimientos.

Así fue como una de las tantas noches en las que pasó en ese bosque dio con la cabaña que se estaba cayendo a pedazos. Cuando ingresó a ella, pudo ver con claridad que aquel sería su refugio. Pasó dos días encerrada en ese lugar inspeccionando a sus alrededores para descubrir si alguien se acercaba por esas tierras. No obstante, y para su infortunio, no se equivocaba.

El día en que descubrió el manantial que había cerca quedó impresionada por la majestuosidad por aquella belleza natural. Por primera vez en días, comenzó a sentirse libre. Pasó todo el día en aquel lugar, no se fue hasta que no se oscureció por completo. Sintiendo que se le erizaba la piel, se alejó en dirección a su nueva casa. Tenía tanto frío y estaba tan oscuro que no se dio cuenta que una sombra escondida entre los arboles la estaba observando caminar.

Cuando creyó estar segura en las podridas paredes de la cabaña, sintió como alguien la tomaba por atrás y la tiraba al suelo de un empujón. Como no había luz no pudo ver quien era su atacante, pero debido a la contextura de su físico se dio cuenta que se trataba de un hombre. Debido a la patada que recibió en el estómago la dejó sin aire casi por completo. No supo cuántos golpes recibió ni en que parte, el dolor que sentía era tan fuerte que, se dio cuenta que estaba sangrando cuando sintió el sabor salado de la sangre en su boca. Justo en ese momento, notó en el aire un perfume cítrico entre la humedad de la cabaña. "Me ha encontrado", pensó. En ese momento, su marido comenzó a asfixiarla hasta provocar

que la oscuridad la consumiera por completo.

Catalina despertó asustada. Cuando abrió los ojos se dio cuenta que se había desmayado haciendo las tareas diarias del hogar. Miró todo a su alrededor y lucía tal cual que el día anterior. "Ha sido un sueño" se dijo mentalmente. "Él jamás te encontró, y no lo hará".

Sintiéndose más tranquila, continuó con sus quehaceres intentando olvidar la mala jugada que había hecho su cerebro, confundir sus propios recuerdos avivándolos con sucesos que jamás ocurrieron. En ese instante, escuchó las risas de un grupo de personas, provocando que inmediatamente se pusiera en alerta. Intento alejarse de la ventana y ponerse a buen recaudo para que nadie notara su presencia en la cabaña. Esos dos años que llevaba ahí habían sido como un paraíso, y no estaba dispuesta a que eso se terminara. Intentando no hacer el menor ruido escuchó atentamente lo decían sus visitantes.

—Estás loco Javier. Esa cabaña lleva abandonada muchos años.

—Sí, es verdad, pero eso no quita que ocurran cosas.

—¿Qué cosas?

—El otro día me conto Pedro que vino de noche y oyó pasos adentro, pero cuando se asomó por la ventana no había nadie.

—De seguro eran animales.

—No lo creo. Tal vez se trata del fantasma de la mujer.

—¿Qué mujer?

—¿Acaso no conoces la historia?

El muchacho negó con la cabeza.

—Hace dos años encontraron muerta a una mujer en esa cabaña. Llevaba varios días desaparecida. Dicen que era la mujer de un policía.

—Estas bromeando, ¿Cierto?

—Te juro que no. Salió en las noticias. Unas personas, al igual que nosotros, sentían curiosidad por la cabaña porque llevaba años abandonada, y cuando se acercaron la encontraron muerta.

—Pero se supo quién la mato.

—Ni idea. Dicen que su marido quedó muy mal. Además, como es policía aún debe de estar buscando el asesino de su mujer.

—Creo que es mejor que no nos acerquemos. Tal vez el fantasma de esa mujer siga rondando allí adentro.

Mientras los muchachos se debatían en entrar o no en la cabaña se escuchó un grito desgarrador de una mujer en el interior de la cabaña.

FIN

Nota del autor: Dedicado a todos aquellos que han sido maltratados de una u otra forma por su pareja, y que han intentado escapar, muchas veces sin conseguirlo, de aquel círculo vicioso.

Ganadora Premio UMGE 2018 Mejor Relato Corto